

El pez, para existir, necesita del agua, y el niño del deseo.

R

Me llaman de una institución especializada en niños con problemas de la infancia, para realizar una supervisión en acto de un niño de ocho años, que les preocupa mucho. El diagnóstico, según su certificado de discapacidad, dice: “Supresión del brazo corto del cromosoma número 5. Retraso mental grave. Transtorno Específico del desarrollo del habla y del lenguaje. Anormalidades de la marcha y de la movilidad. Patología de lenguaje.” A continuación, especifican los antecedentes: “Alejandro nació pre-término, con 36 semanas de edad gestacional, presentando retraso de crecimiento intrauterino y trastornos cardiocirculatorios. La RMI de cráneo, realizada bajo anestesia en el año 2006 evidencia marcada hipoplasia encefálica con predominio bifronto-temporal y en el tronco cerebral, además de hipoplasia vermiana.”

Luego de explicarme semejante diagnóstico y déficit, pregunto por su desarrollo psicomotor. Me aclaran: “Alejandro presentó retraso del neurodesarrollo y, desde temprana edad, realiza tratamientos de estimulación, terapia ocupacional y fonoaudiología. También varios tratamientos psicológicos. Caminó a los cuatro años, y su diagnóstico etiológico se corresponde con: Síndrome del maullido del gato.”

“Actualmente el comportamiento de Alejandro –continúan explicándome- es el siguiente: Entra a la sala y vuelca los objetos que están a disposición, cajas con objetos, juguetes y todo lo que encuentra a su paso. No controla esfínteres. Desde el punto de vista psicomotor, se encuentra desestructurado, sin mayor control de sus movimientos. Camina casi incesantemente sin reparar en obstáculos con los cuales tropieza y cae. Parece que la marcha lo domina sin estar al servicio de ninguna finalidad. Al principio golpeaba su cabeza contra el piso sobre la frente. Esta conducta fue cediendo, dando lugar a otra donde termina autolesionándose, insistiendo en tocar una cascarita de alguna picadura o lastimadura hasta provocarse un verdadero hueco. Presenta un rudimentario juego vocal, esporádicamente pronuncia alguna sílaba o palabra, y por momentos presenta intención comunicativa. A veces reconoce al adulto y sonríe, y otras aparece un llanto inmotivado, que es más una queja, que lo usa para que lo alcen en brazos o abracen.”

La supervisión clínica que me plantea el equipo de trabajo implica, básicamente, éstas cuestiones: por un lado, frente al movimiento (marcha, masturbación, marcarse, rascarse), qué clase de conductas son o qué significan, y si hay en ellas un esbozo de construcción subjetiva o de imagen corporal. Por otro lado se preguntan cuál es el nivel de atención, reconocimiento o comprensión de Alejandro, y si el mismo es suficiente para dejar alguna huella significativa en él. Por último, se interrogan qué hacer frente a toda ésta

complejidad que nos presenta.

S

Cuando veo por primera vez a Alejandro, estaba sentado mirando un juguete que colgaba de la pared. Lentamente, despacio, me aproximo, me acerco y lo miro. Al verme, él responde a mi mirada. Por un instante nos miramos. La profundidad de su mirada captura la posibilidad de mirarnos. Estamos los dos arrodillados, de frente, mirándonos intensamente. ¿Dónde se tocan nuestras miradas?

En ésta posición, mirándonos, canturreo: “Hola Ale, hola Aaaale, hoooola Aaaaaleeee...”. Entono una sonoridad melódica que procura saludarlo. Él parece mirar las palabras que en el devenir escénico producen, por lo menos, un puente entre el ojo que mira, el rostro que piensa y la voz que cobija el encuentro.

T

La gestualidad interroga el instante del encuentro por donde entreveo a Alejandro con el peso de su sufrimiento en el cuerpo. Parece pedirme que lo ayude. Leo en el incipiente gesto, en la precaria postura que se sostiene, en el lábil eje corporal, una posible demanda, pero ¿qué me demanda Alejandro? ¿Cómo descifrar lo que le pasa, si no puede hablar? ¿Por qué interrogarlo como si pudiera, efectivamente, hacerlo?

Anticipo un sujeto, un niño que pese a todas sus dificultades, deficiencias corporales, genéticas y neuromotrices, mira mi mirada. La gestualidad que enuncia como bienvenida la musicalidad de un saludo que intenta unificar la escena en un escenario simbólico. La imagen sonora que se desprende de la sensibilidad de la experiencia configura el espacio del entre-dos. Entre Esteban y Alejandro comienza a suceder un tiempo que transita un decir, que toca el cuerpo hasta conmoverlo como efecto dramático, con el cual Esteban puede ser un otro para Alejandro, y él una alteridad para Esteban, doble espejo donde se reconocen, y a la vez, se reubican en posiciones diferentes. En esa asimetría, la mirada de uno y el otro se conjugan en la imagen sonora que, en eco, los afecta.

Antes de la supervisión, los diferentes profesionales me comentan la siguiente preocupación: “Alejandro queda detenido durante largos lapsos de tiempo frente al espejo, lugar del que muchas veces se la hace difícil distanciarse. También presenta conductas autoeróticas que son difíciles de interrumpir. Se

implementan, en consecuencia, diferentes estrategias para poder ofrecerle otras opciones que él pueda tomar como alternativas frente a la gran fascinación del espejo o también la conducta masturbatoria, aunque no siempre logra tomarlas.” A diferencia de éste espejo, la imagen que había constituido en ésta escena nos trasladaba a cada uno a otro lugar, disimétrico con respecto al otro. A Esteban, a una posición expectante, atenta, al acecho de la construcción y conformación de una demanda. A Alejandro, al descubrimiento de otra imagen donde identificarse en la diferencia, por lo menos aquella donde surgía a primera vista la organicidad o el síndrome.

Las miradas se tocan en lo intocable de una relación imprevisible e indecible antes de dicho acontecimiento. A partir del cual comenzamos a compartir un saber, aquel que constituíamos en el espacio del entre-dos que siempre remite a una terceridad simbólica, la cual enmarca las tácticas y estrategias que consideramos centrales en la dirección del tratamiento.

U

En ésta experiencia, lo central no es solamente lo que se ve, sino lo que circula y pre-enuncia a un sujeto. Nos referimos, específicamente, al eje tónico postural que se inclina y orienta en relación al otro, donde se conforma la imagen del cuerpo. No es sólo puro reflejo, sino que también es causa de deseos que queremos, a su vez, demandar. Como vemos, en éste encuentro con Alejandro, no hay “a priori” determinados con anterioridad. La escena se sostiene, las miradas se contemplan, la voz melodiosa cautiva el escenario. En ese contexto Ale, sin dejar de mirarme, se toca el cuello – específicamente la garganta. Le devuelvo en espejo el mismo toque. Me toco imitándolo, y exclamo: “Si, por acá pasa el aire, los sonidos, las palabras”, el responde... “Ah, ah, ah”, tocándose esa zona. Le contesto, con mi mano en su cuello, “Ah, ah, ah, por acá, si, por acá pasa el aire”. Al mismo tiempo que lo miro, toco la garganta y vuelvo a tocar la mía. Vuelve a responderme: “Ah, ah, ah”. Entonces exclamo, “¡Si! Ahí se traba el sonido, se queda sólo en ese lugar y no puede salir más, y te duele...” Responde, gritándome, “¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!”, tomándose la garganta. Tomo su mano y la coloco en mi cuello, y grito “¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Como duele! ¡Duele que no salga la voz! ¡Hay que dolor!” Alejandro, mirándome, responde “Pa, pa, pa, pa.” Ante ésta respuesta, afirmo “Claro, papá te quiere y te va a ayudar.”

Ale me mira. Le digo: “¿Sabés una cosa? Vine desde muy lejos para conocerte y ver si puedo ayudarte, ¿me dejás?” En ese momento cambia el movimiento, y realiza otro con la cabeza. La mueve una y otra vez para abajo, reiteradamente, que interpreto como un: “Si”. “Gracias por dejarme jugar con vos y ayudarte”, respondo conmovido. Mirándome, vuelve a realizar el gesto afirmativo con la cabeza, que lo acompaña con movimientos de brazos y piernas compensatorios para mantener el eje del cuerpo y, de éste modo, desde

la postura, poder mirarme.

Desde otro punto de vista, éste movimiento de arriba para abajo, afirmativo, puede ser considerado una displaxia, efecto de la incipiente espasticidad. También un reflejo involuntario, o una estereotipia típicamente sensorio-motora (un denominado “aleteo”). Para nosotros, sin duda es un gesto afirmativo que, en la realización escénica, produce:

A. El anudamiento del desarrollo neuromotor con la estructuración subjetiva. Puntos de encuentro y desencuentro donde un sujeto, Ale, se apropia del cuerpo;

B. la experiencia gestual del “Si” está ofrecida al otro (Esteban), como don que es recibido y respondido en el “entre-dos transferencial”;

C. Este acontecimiento confirma la imagen del cuerpo, es un pensamiento en movimiento que se dirige afuera de él, y retorna como representación;

D. La actividad motriz pasa a ser parte y significa en la imagen corporal que a su vez, lo causa. Y toma distancia, lo aleja del peso de la organicidad;

E. En ese movimiento sensorio-motor que estamos describiendo, Alejandro se acerca y se aleja de mi rostro. La tensión, el vaivén, funciona como un espejo móvil que acompaña y reafirma su motricidad en la gestualidad convocante;

F. Alejandro inclina el eje tónico postural, rota, alza los brazos, vuelve a erguirse, reacomoda la postura, llega a tocarme el rostro y sonrío. Vuelve a realizar el movimiento con muestras evidentes del placer sensorio-motor en la escena que, en ese instante, se genera. El placer se liga a la imagen corporal e inscribe la pulsión motriz en el eje tónico postural desde donde se desprende el movimiento gestual;

G. En todas éstas transformaciones y torciones del cuerpo en movimiento se configura un espacio que no sólo es tridimensional, sino que incorpora otros planos y dimensiones donde entra en juego la experiencia con el otro y, con ella la plasticidad, tanto neuronal como simbólica;

H. El gesto de Alejandro, al ser realizado, lo aloja en una posición en la cual hace uso del cuerpo en un ritmo temporal marcado por el deseo de ser ayudado por el otro, a través de una demanda donde lo corporal y la motricidad están en juego como don de amor;

I. Entre Esteban y Alejandro comienza a crearse un acontecer afectivo, una experiencia que no sólo los afecta, sino que los crea como otro para el otro. Alteridad y complicidad enlazada en la musicalidad de la escena que potencia el pensamiento;

J. Lo que ocurre entre esas miradas que se miran, entre esos rostros que se tocan para el otro desde afuera, entre esa coloración musical que los cautiva en una imagen sonora, es un descubrimiento que juntos atravesamos en la experiencia;

K. Ésta experiencia clínica no está acabada. Respira, vive, inconclusa se sostiene en el propio desequilibrio necesario para que cobre existencia. Podríamos compararla con el origen de la gestualidad que implica el deseo y la puesta en marcha del caminar. El cuerpo humano nunca se desplaza en bloque, ya que implica en su movilidad segmentos articulados, discontinuos que provocan desequilibrios tónicos, posturales y actitudinales. Por ello, el niño –como todos- necesita de apoyos para poder impulsarse, re equilibrar el eje del cuerpo, y finalmente moverse, caminar, trotar, salticar o correr.

El pequeño descubre, en una escena originaria, que para acceder a la bipedestación, y su correlato, el caminar, necesita del deseo del otro, pues tiene que desequilibrarse, perder el eje axial, tensionándose, y vencer a la fuerza de la gravedad para volver a equilibrarse. El deseo afectivo, en la experiencia compartida con el Otro, soporta y sostiene el atravesar esa zona de incertidumbre que implica perder el eje axial, postural, para recobrarlo en la discontinuidad del ritmo móvil temporal. Podemos pensar el acontecimiento libidinal del movimiento de caminar como un posicionamiento subjetivo donde se ancla el desarrollo psicomotor. De igual modo en la escena con Alejandro, él se descubre sujeto al anudar el funcionamiento de la función motriz al universo representacional.

L. El espacio del “entre-dos” transferencial, no sólo adquiere consistencia a partir de la aparición del sujeto –en éste caso Alejandro-. Podríamos pensarlo de éste modo: Imaginemos una pecera con agua. Uno podría mirar el zigzaguo de las burbujas que produce el aireador, las ondulaciones del movimiento lateral y contralateral del líquido, o simplemente el mismo movimiento del agua contra la superficie. Pero todo, absolutamente, cambia y se modifica una vez que aparece un pez en la pecera. A partir de ese instante, sólo se mira el pececito. El agua se vuelve solamente la condición de su existencia, el espacio central y esencial donde puede nadar y jugar un pez – o sea, vivir y existir como sujeto para un otro y, por lo tanto, para sí.

V

Volvamos a la escena con Alejandro, a ese momento cuando reitero la pregunta “¿Me dejás ayudarte?”, la gestualidad afirmativa claramente es la respuesta. Pero, en ese instante, surge un nuevo interrogante: ¿Cómo puedo ayudarlo? La ética que propiciamos no puede saber de antemano, previamente, qué hacer. Éste es efecto de la escena que nos conmueve y nos implica, una vez más, con el otro-sujeto. ¿Acaso el pez puede vivir, existir, sin el agua...? ¿Y el niño, puede hacerlo sin el deseo...?

Lic. Esteban Levin

() Lic. Esteban Levin es psicomotricista, psicólogo (psicoanalista), profesor de Educación Física, Director de la Escuela de Formación en Clínica Psicomotriz, Docente de la Facultad de Psicología (UBA), Profesor de la Universidad de Barcelona del Master de Psicomotricidad Terapéutica, Profesor de la Universidad Federal de Fortaleza (Brasil).*